HOMENAJE A LA TARDE

Está la tarde quieta y transparente,
y está el vivir turbio y desasosegado.
Llega de la enramada verdecida
una oración misteriosa y arbórea.

El corazón —un gong de sangre—
se atraviesa en la tarde como un lento suicida:
descansa sobre el tiempo, se acuna sobre sus raíles.
La vida vibra bajo el corazón
como un tren lejanísimo y enorme.

Siento la tentación de arrodillarme:
debería pedir perdón al mundo en esta hora
y el mundo no, pero tal vez la tarde me declararía inocente.

La tarde crece unánime,
parece suspendida sobre sí misma,
emergiendo de alguna zona delicada de la vida
y ampliándose vastamente como un sonido primordial.

La tarde —dorada aleación de consuelo y fracaso—
nos ofrece su duración
con la impotencia de un reclinatorio abandonado.

Quisiera descansar la sangre sobre el viejo trasto,
quisiera descansar del corazón de brújula de mi estatua,
descansar del cansancio intransferible,
de la inaudita soledad del dos,
de su tibia orfandad inmerecida.

Oh señor de los sueños imposibles,
rey destronado que mora en la esperanza,
concédele a tu sierva el don de atesorar lo mínimo,
de ser la propietaria de despojos,
la acaudalada dueña de la cueva de la memoria,
la celosa guardiana del detalle.
Oh señor de las horas acordadas,
tú que asombraste al universo
con ese resplandor de sosiego que es la tarde;
tú que la enarbolaste como un pañuelo
para que la inventase un hombre,
permite que otro corazón —tartamuda dolencia—
trate de agradecer humildemente
ese invento maravilloso que es la tarde:
la tarde misericordiosa y única,
la tarde aquella que tú tanto amaste.

Antonio, buen amigo, en esta tarde clara
mi corazón está vagando en sueños:
veo los álamos del río con su ramaje yerto.
Miro el Moncayo azul y blanco.
Dame tu mano y paseemos.

FRANCISCA AGUIRRE

Alenza, 8, 5.º C
MADRID-3